


Rafael Rubio



CIERVO VULNERADO

SELECCIÓN DEL AUTOR



Planeta  Sostenible

Rafael Rubio

**CIERVO
VULNERADO**

SELECCIÓN DEL AUTOR



Planeta  Sostenible

Índice

Prólogo	5
De Arbolando (1998)	13
De Luz rabiosa (2007)	29
De Mala siembra (2013)	79
De Viernes santo (2019)	127
Inéditos	169
Notas sobre los poemas	192

CIERVO VULNERADO

Selección del autor

© 2022 Rafael Rubio

© 2022 Planeta Sostenible EIRL

Primera edición: febrero de 2022

Diseño y diagramación: Alejandra Figueroa

Corrección de textos: Francisco Fabres

Corrección de pruebas de maqueta: Juan Fonseca

ISBN 978-956-6154-22-8

Impreso en Chile en los talleres de A Impresores

www.planetasostenible.cl



Planeta  Sostenible

Prólogo

5

Una posible composición de lugar

Siempre que se escribe sobre Rafael Rubio y se comenta su poesía, se hace referencia a la tradición poética familiar que lo precede. Lo sabemos el último (hasta ahora) eslabón de una cadena que ha sabido tejer con oficio y pasión —con paciente padecimiento— esa posta que es la música velada de las sílabas, de generación en generación. Aunque quizás más que una cadena, en que la lógica lineal nos obliga a ponderar cada punto como efecto del anterior, como deudor de un pasado y causa de un futuro probable, más adecuada sería la imagen de la trinidad. La trinidad de los Rubio, en la que todos los elementos —abuelo, padre, hijo— se nutren simultáneamente, porque son y seguirán siendo, más allá de ellos mismos, parte de un solo organismo vivo, el lenguaje. Y así como sin la existencia del abuelo Alberto, Rafael no hubiera recibido sus primeras lecciones de oficio, también es cierto que sin el hallazgo y reescritura que este hiciera de los cuadernos de Armando varios años después de su muerte, la poesía del padre no sería la que es.

Sé que con estas correspondencias estoy cometiendo el error —a ojos de nuestra teoría literaria contemporánea— de hablar indiferenciadamente de autor y obra, haciéndolos parte de un continuo, confundiendo la existencia de la persona con la de su poesía. Pero es precisamente esta la visión y experiencia que Rafael Rubio se ha ocupado de nutrir y desarrollar a través de los años, los poemas, las palabras compartidas en voz alta o por escrito. En varias de las entrevistas que se le han hecho, el poeta afirma que la poesía no es ni puede ser solo un género literario. La radicalidad de esta aseveración no implica solamente que la poesía trascienda el espacio acotado del poema, sino que ella, entendida como una manera de ser y estar en el espacio-tiempo en el que aparecemos como individuos, como mundos en movimiento, puede escribirse incluso sin palabras. La poesía, entonces, como un hacer, como el oficio mismo de vivir, que a veces puede acabar en una hoja de papel, condensada en un poema, a veces no. Recuerdo ahora el caso de Jaime Gil de Biedma quien, en sintonía con esta visión, confiesa que en un principio creyó que quería ser poeta, pero con el tiempo se dio cuenta de que, en el fondo, quería ser poema.

Así como Rafael Rubio ha dado cuenta en diferentes lugares de que para él arte poética y arte vital siguen un solo cauce en el flujo de los trabajos y los días, también ha comentado la importancia que tuvieron sus primeros encuentros con la poesía del Siglo de Oro español. Y es que no es necesario escuchar las declaraciones del poeta sobre la fascinación

que le produjo la poesía gongorina —la “Fábula de Polifemo y Galatea” o las “Soledades”, en que por momentos el significante parece primar por sobre el significado— para oír ese influjo vivo en sus poemas: el rol que cumple la dimensión musical del lenguaje y la posibilidad de engendrar sentidos con palabras antes que ideas, y con sonidos antes que palabras. Como bien supo la poeta uruguaya Idea Vilariño, obsesionada también con la música de las sílabas, “Un poema es un franco hecho sonoro —sonidos, timbres, estructuras, ritmos— o no es”¹, y de esto sabían bien Quevedo y Góngora, San Juan, Santa Teresa, Sor Juana, y más tarde la llamada generación del 27 y su epígono Miguel Hernández, así como Darío y compañía en Latinoamérica, todos referentes ineludibles a los que Rubio escucha atentamente, con los que entabla conversación.

Decía Wallace Stevens que nada ha sufrido más con el paso del tiempo que la música de la poesía, y que a la vez nada ha sufrido menos. Y es que cuando dice música no se trata tan solo del uso de la métrica y de la rima —dos herramientas de las que se vale Rubio, pero no las únicas— porque la música de la poesía no es propiedad exclusiva del verso medido. Es un fenómeno que va incluso más allá del despliegue de figuras retóricas centradas en el sonido como aliteraciones y anáforas. Esa música de la que habla Stevens está en la base misma del lenguaje, en su materialidad acústica. La poesía así ponderada y sentida es antes que todo ritmo: encarnación del tiempo, un ir hacia, un estar siempre en camino. Así las cosas, es claro que la potencialidad sonora del lenguaje en el contexto del poema no es un asunto exclusivo del español. Respecto a esto, el poeta chileno y compañero de generación de Rafael, Juan Cristóbal Romero, apunta que “encandilada con lo evidente de su raíz castellana”², la crítica de Rubio ha indagado poco en los puentes que conectan su obra no solo con las realizaciones verbales cumbres del español sino también con la gran tradición de la poesía universal, moderna o de eras anteriores, que trasciende fronteras idiomáticas. Romero menciona el caso de Dylan Thomas y su villanela “*Do not go gentle into that good night*”, como antecedente de poema elegíaco y del tópico de la muerte del padre, ambos elementos que funcionan como ejes articuladores, entre varios otros, en la poesía de Rafael Rubio.

No es esta la ocasión de hacer esa pesquisa pendiente con el detenimiento y profundidad que requiere, pero me atrevo a sugerir dos nombres más, antojadizos, con los que la

palabra de Rubio también conversa. Pienso en Gerard Manley Hopkins y su pasión religiosa, en su relación con la naturaleza como presencia que no solo se contempla sino que se padece, como cara visible de la divinidad que la habita y anima. También en su pasión por el lenguaje, al que supo liberar de las calcificaciones a las que el tiempo y el pensamiento inevitablemente inducen. Pienso en ese ímpetu fresco, estimulador de los sentidos, que explora las posibilidades de la forma a través de la ruptura de la sintaxis tradicional, los juegos de aliteraciones, encabalgamientos y ritmos inusuales. Y yendo más atrás, también creo posible entablar un diálogo entre la poética de Rubio y la de William Blake, que supo dar cuenta de esa difícil conjugación de ternura y horror, inocencia y sabiduría; plasmándola en esas luces y oscuridades que se perciben con el oído. Tanto para el visionario inglés como para el poeta chileno, si el infierno se halla dentro de la mente humana y se expresa en el lenguaje como sistema de creencias solidificadas, de ideologías, es mediante el poder imaginativo propiciado por el lenguaje poético que se lleva a cabo el descondicionamiento, la apertura a nuevas posibilidades del espíritu. Al mismo tiempo, para ambos poetas hay, también, otro infierno: uno fértil y necesario, fuente del deseo y la creatividad que hacen posible el encuentro con la luz (“Hágase la luz—dijo Dios / Y el infierno se hizo!” Rubio dixit). Así como Blake creía que poesía, pintura y música —es decir, el arte en general— son las tres formas que tiene el ser humano de conocer el Paraíso, Rafael Rubio afirma que poesía y música son en esencia un solo fenómeno y que mediante ellas es posible la superación de la muerte. Su poesía da cuenta de ese matrimonio entre cielo e infierno, propiciador de experiencias límite; del dolor y goce que habitan y expanden las posibilidades de la carne más allá del bien y del mal.

El poeta polaco Adam Zagajewski plantea la existencia de tres lenguas, no idiomáticas, sino poéticas: la lengua del resplandor, la de la desesperación, y la de la ironía. Y en la obra de Rafael Rubio se conjugan las tres. No todo es padecimiento trágico en su poesía. Hay en sus versos, como se palpa en los citados anteriormente, la mezcla de celebración, tragedia e ironía; de gravedad, gracia y humor. Así como hay momentos de total indefensión y compenetración de la voz con el ciervo herido que busca calmar su sed, hay pasajes de festejo gozoso de la existencia. En otras ocasiones, el poeta se desdobla, sabe que no puede tomarse tan en serio, ni en su sufrimiento ni en su éxtasis, y se ríe de sí mismo, a veces con liviandad juguetona, a veces con burlesca crueldad.

1 En “Entre la pasión y el escepticismo: partida en dos” (entrevista por Jorge Albistur). *Idea Vilariño: la vida escrita*. Montevideo: Cal y canto, 2007.

2 En “Una rabiosa lucidez/Rafael Rubio”. *Filocalia. Sobre poesía, poemas y poetas*. Santiago de Chile: Montacerdos, 2020.

Y es en este punto donde creo que su poesía se conecta con cierta tradición poética más cercana a su contexto de producción: la poesía y antipoesía de Parra, la autoconsciencia aguda y mordaz de Lihn, la religiosa rabia y el desenfado de Armando Uribe, los juegos y jugarretas intertextuales de Rodrigo Lira y Diego Maquieira.

Mucho se ha dicho y escrito en cuanto a que una de las virtudes del lenguaje poético es la de devolverle a las palabras su capacidad de engendrar múltiples sentidos, cargándolas al máximo de energía e intensidad —por recordar las manoseadas pero justas palabras de Pound— y que esa operación se lleva a cabo a través de mecanismos de exploración formal. La forma, término hoy por hoy laxo y bastante desestimado en sus alcances. Varios son los prejuicios que existen actualmente entre poetas jóvenes y no tan jóvenes al momento de aproximarse y ponderar las herramientas formales que tradicionalmente han acompañado y servido a la creación poética. Metro, ritmo y rima, así como estructuras estróficas tales como el soneto, la sextina y la silva, entre otras, son vistas con escepticismo y en casos extremos con repulsión, por atribuírseles una carga ideológica conservadora, retrógrada, y por desestimarse como formas caducas y anacrónicas de proceder en verso. En resumidas cuentas, se cree que nada original puede salir de aquellas herramientas heredadas de la tradición. Ante esta postura, iluminadora resulta la perspectiva de Joseph Brodsky, para quien las formas poéticas son “algo parecido al ADN de la humanidad, algo absolutamente imprescindible”³, y así como atacó con fervor la reiteración de motivos artísticos y defendió la búsqueda de lo nuevo y lo original, abogó por una recuperación y reincidencia en las estructuras poéticas heredadas del pasado, en favor de la unidad de lo poético, como una manera de desafiar al paso del tiempo. A la vez, es verdad que la mera reproducción mimética de estructuras fijas no tiene mucho sentido a estas alturas; es verdad que en ningún caso la aplicación de ciertas leyes de construcción garantiza que en el poema vaya a producirse la alquimia necesaria para que surja la poesía. Pero también es cierto —y esto Rubio lo sabe y demuestra con maestría— que el sometimiento de la psiquis creadora a las formas del lenguaje, lejos de coartar la libertad, la propicia. En palabras del poeta José Ángel Valente, “la forma se cumple solo en el descondicionamiento radical de la palabra”⁴. Si seguimos al español, a pesar de lo que se tiende a pensar, no es el poeta el que dice el poema, sino el poema el que termina por decirse a sí mismo, y en ese su devenir, decir e interpelar al poeta, y más tarde al lector. En esto estaría de acuerdo Armando Uribe,

quien lo pone en términos de consciencia: eso que hace cuajar a la genuina poesía en el poema no es obra de la consciencia del poeta, pues “la supera [a la consciencia] sin eliminarla del todo”⁵. Y a mí me gustaría pensar que al superarla la expande: si no una consciencia engendradora de poesía, sí un conocimiento recibido, engendrado por ella.

En la poesía de Rafael Rubio hay un amor —que es una forma de conocimiento— profundo por el oficio, acompañado de esa dosis de humildad necesaria que, al reconocer los límites de la propia voluntad, sabe entregarse a la consciencia mayor en continuo hacerse que es la poesía.

MICAELA PAREDES BARRAZA

3 Palabras de Adam Zagajewski sobre Brodsky en *Una leve exageración*. Traducción de Anna Rubió y Jerzy Slawomirski. Barcelona: Acanalado, 2019.

4 En “Las condiciones del pájaro solitario”. *Variaciones sobre el pájaro y la red*. Barcelona: Tusquets, 2000.

5 En *El fantasma de la sinrazón & el secreto de la poesía*. Santiago de Chile: Be-uve-dráis, 2001.

De Arbolando
(1998)

SOLO

Más solo que una lágrima
en el parpado
de un muerto.

TOTALIDAD

Yo me lluevo, yo me trueno, yo relámpago, me tremo
Yo me cielo, yo me ocaso, me palomo, me carajo
Yo me sueño, yo me lágrima, me abuelo, me cascajo
Yo me briso por la fronda de los árboles, me rabia
Yo me tronco, subo y rama por la risa, me hago savia
Me ventano, me relincho
Me hago puerta
nunca abierta
Yo me huerta, Sara vieja
Tierra muerta, vid añeja.

HIMENEO

La floridora flora Galatea
de no querer ser novia y mal besada
en la corola ebria desplegada
rechaza a las obreras aunque sean

las que propagan áureas de ser teas
semillas en el cielo dispersadas
de la corola celda liberadas
de ser abejas de hermosura reas

Burlándose preciosa de mis labios
muy fieles al amor del sol que ama
besarlas con su luz y sin resabios

amantes, a mi celo se encaraman
en el salicio tálamo del viento
de pétalos lascivos, labios lentos.

18

CUALQUIER NOCHE DE ESTAS

Cualquier noche de estas me voy a la luna
o a Marte, amarte venus primavera
abril, viajaré a mercurio aunque no lo quieras,
Traeré un poquito de luna entre las manos
una copa de sándalo fragante
Cualquier noche de estas
me voy a la luna,
escribiré tu nombre en una roca,
bailaré descalzo
después de haber tomado vino tinto tanto
tocaré la guitarra
hasta sacar de ella una luz de meteoros
que cruzará el universo hasta llegar a tu cama
donde estarás soñando con cualquiera menos conmigo
y entonces
viajaré a Mercurio
en un vagón de tercera
Júpiter entonces, luna de agua,
perlas de Urano, no estaré
cuando me llamen o me busquen,
no estaré cuando me llamen ni cuando me llames
ni cuando abran las ventanas o no las obran
ni cuando la luna esté llena o vacía,
no estaré ni para ti ni para nadie,
no pregunten por mi
cuando me vaya a la luna.

19

TORMENTA

Azul alumbramiento ser pavana
Relincho repentino y encendidos
galopes y alalí de ser oídos
cañones retumbando a mi ventana.

Derrumbamiento piedra y alazana.
Sonora voz de plata de los ríos
por machos desatados roqueríos
con un sonido diablo de campanas.

Y el cielo estalla padre por poniente
con un clamor de potros, ser pavana
y así volando lluvia, vente y siente

como se engrifa furia la tigresa
por arreboles lutos y dolientes
por cielos zapateos, me embelesa.

ENDECASÍLABOS AL GOCE

Tañe lejos el oro sol sonido.
Sonora luz golpea en la mañana
por cielos estallando a mi ventana
buscando una corola para nido.

Se enciende su fulgor en mis oídos
resuena a viva voz de ser pavana
pletórica a pesar de lo lejana
sonora amarillea su tañido.

Desata a todo cielo su gorjeo
de pájaro cazado en pleno vuelo
se encienden las pavesas de los gallos.

Me briso con los brazos en voleo
buceando por el sueño de mi cielo
y estallan relinchando los caballos.

EMBRIAGUEZ

Remando por un río de cerveza
las ansias sumergir bajo la espuma
como quien en corriente va y se suma
soñando por el flujo la cabeza.

Cogido, en el naufragio, de la mesa
contra el oleaje ronco de la espuma
sentir el cuerpo entero vuelto pluma
y dentro, el corazón, casi pavesa.

Y así volar soñando por las nubes
por cielo, viento y luna y por estrellas
por canto florecido va y se sube

así como meciéndose entre ellas
la tierra mueve verde la cintura
y así nos vamos potros por espuelas.

LA MESA

La mesa está esperando la comida.
No vienen los eternos comensales.
Se está quedando sola y aburrida
mirando los oscuros ventanales.

Hay una sopa triste que se enfría.
No hay rastros de la abuela, ni señales
del padre o de la madre o de la tía.
Del hijo no se sabe. Desleales.

Se fueron quizás dónde. Así es la vida.
La mesa mira sillas irreales.
Se está quedando sola y aburrida
mirando los oscuros ventanales.

CREPÚSCULO

El sol se ha echado a pique en las montañas
Alumbrará la tierra que agoniza
en los brazos del cielo y la mañana
que sube al aire llena de ceniza.

LOS TRIGALES

I

Sonriente dentadura del sol, sol riente
la espiga de la risa, discurriendo va la fuente
luz sonando, cascabeles
voz de abeja, lluvia, mieles
la amarilla carcajada de las yeguas herbazales
algazara, multitudes, zarabanda, los trigales.

II

Sonriente cabellera del sol, sol riente
la espiga de la risa, mar riente de abejorros
rubio oleaje, crin al viento de un caballo en el galope
marejada en el canoro, la rompiente de la espiga
pasto noble, sol sonoro, cascabel de las harinas.

III

Greña noble, los caballos de la risa, la rompiente
galopando las potreras multitudes, ah de dientes
ay solares niños juncos, amarilla carcajada
dentadura de la harina en el relincho, marejada.